



Actas de las II Jornadas Internas de Investigadores en Formación del Departamento de Letras 2013

Universidad Nacional de Mar del Plata, ISBN 978-987-544-586-4

Bolaño y la clave Mallarmé

María Eugenia Fernández

CELEHIS- Universidad Nacional de Mar del Plata
eugeferna@gmail.com

Resumen

La presente comunicación explora una de las claves de lectura de la producción de Roberto Bolaño que apenas ha sido estudiada en el ámbito académico. El vínculo entre los proyectos escriturales de estos escritores está planteado por el mismo Bolaño en uno de sus ensayos centrales donde desarrolla toda una poética y construye un archivo de la poesía francesa de fines del XIX y principios del XX en la que se inscribe como discípulo, heredero de un mandato que enarbola la bandera de “lo nuevo”.

Palabras clave: Literatura – Reinención – Mallarmé.

*invento una lengua que debe brotar
necesariamente de una poética muy nueva*
Mallarmé

La insolencia de la escritura de Roberto Bolaño (1953-2003) revela la paradójica y total sumisión a la ley de la palabra; la impertinencia puede ser el núcleo y la clave de su poética. Sus textos, con apariencia de relatos realistas y policiales la mayoría de las veces, o fantásticos las menos, son búsquedas incesantes de escribir de un modo nuevo que nos incitan a salir de la lectura convencional. La crítica, hasta el momento, ha observado pertinentemente el magisterio de Borges, Cortázar, Perec y Kafka entre otros; pero hay un caso, creo, que aún no ha sido considerado detenidamente: el de Mallarmé.

En su artículo sobre este poeta, Derrida intuye una “doctrina mallarmeana de la sugestión, de la ilusión indecisa” (Derrida 1989) que permite a las palabras moverse solas, indefinidamente, las corta, de todo sentido y de todo referente, desplazando al lector del lugar seguro que les atribuye. En esta línea la literatura “sufrir una crisis fundamental” pues el texto de Mallarmé, dice, “escapa al control de la representación clásica y demuestra su no-pertenencia; así, el texto, remite sólo a sí mismo, simula

referirse a algo distinto de sí, pero finalmente “se queda sin siquiera un sentido”, como lo «numérico». El título de uno de los ensayos de Bolaño, uno de los más iluminadores de su poética, reemplaza los números de una ecuación por palabras, volviéndolos equivalentes. Me refiero a “Literatura + enfermedad = enfermedad” publicado en *El gaucho insufrible* (2003): la impertinencia de utilizar signos de uso matemático remite, desde mi punto de vista, a este sentido de ruptura mallarmeana. Dicho ensayo de Bolaño simula referirse a algo distinto de sí, simula contar las experiencias del autor respecto de su enfermedad hepática, pero no hace otra cosa más que hablar de literatura, una literatura que para él no es representación sino incertidumbre, pura escritura. Creo que la poesía francesa es el foco del ensayo donde Bolaño esconde alguna pista de su poética que ha encontrado cifrada en el poema “Brisa marina” de Mallarmé. Cito la versión completa traducida por Alfonso Reyes:

La carne es triste, ¡ay!, y todo le he leído.
 ¡Huir! ¡Huir! Presiento que en lo desconocido
 de espuma y cielo, ebrios los pájaros se alejan.
 Nada, ni los jardines que los ojos reflejan
 sujetará este pecho, náufrago en mar abierta
 ¡oh, noches!, ni en mi lámpara la claridad desierta
 sobre la virgen página que esconde su blancura,
 y ni la fresca esposa con el hijo en el seno.
 ¡He de partir al fin! Zarpe el barco, y sereno
 meza en busca de exóticos climas su arboladura.
 Un hastío reseco ya de crueles anhelos
 aún suena en el último adiós de los pañuelos.
 ¡Quién sabe si los mástiles, tempestades buscando,
 se doblarán al viento sobre el naufragio, cuando
 perdidos floten sin islotes ni derroteros!...
 ¡Más oye, oh corazón, cantar los marineros! (Bolaño 2003: 144)

Bolaño se apropia del poema de Mallarmé, y parece convertirlo en manifiesto; para el poeta francés, la palabra se emparenta con toda la naturaleza y de este modo, se relaciona con la vida, “se presenta, en sus vocales como una carne: y, si la vida se nutre de su propio pasado, o de una muerte continua, la Ciencia habrá de reconocer este hecho en el lenguaje”. La literatura y el lenguaje se nutren de su propio pasado para volver a empezar continuamente. En su ensayo, Bolaño concibe el deseo de leer como un acto infinito y el viaje como el primer peldaño del aprendizaje poético:

¿y qué le queda a Mallarme en este ilustre poema? (...) pues le queda el viaje, le quedan las ganas de viajar. Y ahí está tal vez la clave del crimen. Porque si Mallarme llega a decir que lo que le queda por hacer es rezar o llorar o volverse loco, tal vez habría conseguido la coartada perfecta. Pero en lugar de eso Mallarme dice que lo único que resta por hacer es viajar, que es como si dijera *navegar es necesario, vivir no es necesario*, frase que antes sabía citar en latín y que por culpa de las toxinas viajeras de mi hígado también he olvidado, o lo que es lo mismo, Mallarmé opta por el viajero con el torso desnudo, por la libertad que también tiene el torso desnudo, por la vida

sencilla (pero no tan sencilla si rascamos un poco) del marinero que a la par es una afirmación de la vida, también es un constante juego con la muerte y que, en una escala jerárquica, es el primer peldaño de cierto aprendizaje poético (Bolaño 2003: 147).

Mallarmé elige viajar, volver a empezar de cero, a diferencia de Baudelaire que cae en el abismo y el horror; así, dice Bolaño en su ensayo, el primero es el menos inocente de todos los grandes poetas, consciente de que hay que volver a empezar para seguir escribiendo. En la poesía francesa del siglo XIX se prefiguraban, según Bolaño, los grandes problemas de la cultura occidental durante el siglo XX, que aún estarían sin resolver. La modernidad no ha terminado y la literatura sigue tratando sus temas: la revolución, la muerte, el aburrimiento, la huida. Bolaño (2003: 144) señala el punto de partida de la gran poesía moderna en Occidente, Baudelaire y Mallarmé, y se pregunta qué quiso decir Mallarmé al indicar que ya había leído todos los libros. La elección de este poema es significativa: desde los dos primeros versos surge la referencia a la enfermedad como decadencia del cuerpo (“La carne es triste, ¡ay!”), a la literatura (“todo lo he leído”), al viaje como la huida (“¡Huir! ¡huir!”) y a lo nuevo como lo desconocido (“Presiento que en lo desconocido...”); antes de llegar al núcleo del poema aparece la página en blanco (“sobre la virgen página que esconde su blancura”), la imposibilidad de escribir, y en el centro mismo del poema, el verso número nueve de un total de 16, el viajero decide partir (“¡He de partir al fin! Zarpe el barco...”). De esta manera Bolaño elige inscribirse en el archivo de los poetas franceses del siglo XIX para “comenzar” a escribir una nueva Literatura; siguiendo el mandato de Mallarmé, el punto de partida de su viaje sería el mismo poema “Brisa marina”, que además funciona como manifiesto de su propia poética. En el poema, Mallarmé no propone únicamente subirse a un barco y huir, como tampoco afirma sencillamente que todo lo ha leído. Bolaño “descubre” allí (y lo expresa en su ensayo) la imagen prístina de la enfermedad en tanto resignación de vivir y a un poeta que habla de la derrota; escribir implicaría una entrega y la literatura sería una lucha en la que el escritor resulta vencido.

Bolaño agrega en “Literatura + enfermedad= enfermedad” que la obra y biografía de Mallarmé “están indisolublemente unidas salvo en este poema, en este “manifiesto cifrado” que suele tomarse al pie de la letra, pero “que se sepa, Mallarmé no escuchó jamás cantar a los marineros, o si los escuchó no fue, ciertamente, a bordo de un barco con destino incierto; y menos aún se puede afirmar que uno ya haya leído todos los libros” (2003: 145). El poema encierra una elección y una lección de escritura que Bolaño repone a través de su ensayo; allí podría cifrarse su poética, ya que cuando todo se ha leído, todo está escrito y nada queda por hacer, para Bolaño parece oportuno el regreso, volver a empezar de cero.

Un golpe de dados jamás abolirá el azar, pero de todas formas hay que tirar los dados cada día, es decir, Bolaño sabe a través de Mallarmé que los viajes y los libros no llevaban a ninguna parte pero de todos modos se interna en ellos y se pierde para encontrar lo nuevo. Este legado, que contiene el germen del impulso vanguardista, es recogido por Cesar Aira (a quien Bolaño leía), y bien lo reconoce Sandra Contreras cuando dice que “la vuelta al relato es, en la literatura de Aira, el efecto de una

interrogación que el conjunto de su obra formula desde un punto de vista que define y asume “como si fuera un punto de vista vanguardista: cómo seguir haciendo arte cuando el arte ya ha sido hecho” (Contreras 21). La producción de Bolaño formula el mismo interrogante de “la virgen página” mallarmeana, no obstante, hay una respuesta: “partir al fin... en busca de exóticos climas”, de lo nuevo.

Como hemos mencionado, el relato de las experiencias respecto de la enfermedad hepática del chileno y la reflexión sobre la literatura constituyen dos planos en su ensayo “Literatura + enfermedad = enfermedad” cuya dinámica simula privilegiar el primero cuando en realidad, interesa el segundo. Lo mismo sucede en otro de sus ensayos, “Discurso de Caracas”, donde el relato de los trances sufridos a causa de su dislexia constituye una trama casi invisible donde se entreteje nuevamente una reflexión sobre la literatura. Aquí, Bolaño expone que siempre tuvo un problema con Venezuela fruto de su educación desordenada, también es probable que se deba a una especie de dislexia no diagnosticada:

Para mí lo más lógico era que la capital de Venezuela fuera Bogotá. Y la capital de Colombia, Caracas. ¿Por qué? Pues por una lógica verbal o una lógica de letras. La *v* del nombre Venezuela es similar, por no decir familiar, a la *b* de Bogotá. Y la *c* de Colombia es prima hermana de la *c* de Caracas (Bolaño 2004: 33).

Sigue explayándose acerca de su problema y dice:

fui un jugador entusiasta, pero bastante malo, aunque mi pierna buena era la izquierda y se supone que los zurdos no desentonan en un partido. En mi caso no era cierto, yo desentonaba casi siempre, aunque de vez en cuando, una vez cada seis meses, por ejemplo, hacía un partido bueno y recobraba una parte al menos del enorme crédito perdido. *Y fue entonces cuando tuve el primer atisbo consciente de mi dislexia.* Yo pateaba con la izquierda pero escribía con la derecha (Bolaño 2004: 32).

Más allá de la dislexia, Bolaño habla de su oficio de escritor y su posición siempre “fuera de lugar” *que, por el contrario*, le permitió hallar “un método semiótico bastardo o grafológico o metasintáctico o fonemático o simplemente un *método poético*, y que la verdad de la verdad es que Caracas es la capital de Colombia así como Bogotá es la capital de Venezuela” (2004: 34). Así, lleva a cabo la operatoria de Mallarme, según Derridá, de la disección de las palabras: “trabajando sobre la unidad de la palabra, sobre la sosegada armonía de un vocablo y de un sentido” Clínicamente, la dislexia es una anomalía por la cual un sujeto aprende a leer fuera de los métodos convencionales; no es una deficiencia, sino una singularidad que puede presentarse en sujetos con inteligencia brillante. Fuera o no real su dislexia, Bolaño lee y escribe salido de las convenciones, el núcleo de su escritura es la búsqueda ambiciosa de la reinención de la literatura y parte de ese núcleo, pienso, fue Mallarmé.

Referencias bibliográficas

- Bolaño, Roberto (2004). “Discurso de Caracas” en *Entre paréntesis*. Barcelona: Anagrama.
- _____ (2003). “Literatura + enfermedad = enfermedad” en *El gaucho insufrible*. Barcelona: Anagrama.
- Contreras, Sandra (2008). *Las vueltas de Cesar Aira*. Rosario: Beatriz Viterbo Ed.
- Derrida, Jacques (1989). “Mallarmé”. Traducción de Francisco Torres Monreal. En «Antología», *Anthropos, Revista de documentación Científica de la Cultura* (Barcelona), *Suplementos*, 13, pp. 59-69:
<http://es.scribd.com/doc/137341402/Jacques-Derrida-Mallarme-pdf>